

que atraviesa por un terreno desolado, de formación volcánica, y poco poblado hasta llegar á la ciudad. Cerca de Cuernavaca encontró Lamadrid á la guarnición imperial que se había visto obligada á retirarse y la incorporó á su fuerza. Los republicanos abandonaron la ciudad á la aproximación de la columna imperialista, que entró á ella sin disparar un solo tiro. En la tarde, sabiendo Lamadrid que sus contrarios estaban cerca de la población, manda ensillar y sin esperar á que le siguieran los suyos franquea las trincheras, acompañado tan solo de unos pocos; pero á doscientos metros de la plaza cae en una emboscada, cien fusiles disparan; varios de los que le rodean caen muertos, él herido en la frente da media vuelta en busca de sus cazadores que acababan de franquear las trincheras, y que sorprendidos por sus contrarios se desbandan, desordenan la gendarmería que les sigue y que se rehace aun al mando de Lamadrid, quien poco después muere. Los republicanos descubren una pieza de artillería y ametrallan á los imperiales, hasta que se apoderó de ella el subteniente Imbert con veinte gendarmes.

Retirada de Cuernavaca la guarnición imperialista, fué conducida á Toluca y en seguida á México, yendo con las tropas los vecinos que se consideraban comprometidos. El convoy era largo y á duras penas se logró que, combatiendo á los republicanos pasara por el desfiladero de las Cruces. Los enemigos del Imperio, organizados y fortalecidos avanzaban y la capital era presa de mortal incertidumbre; el dinero se ocultaba y muchos establecimientos eran clausurados.

Creció el pánico al saberse que el comandante en jefe, Bazaine, había resuelto que la capital mexicana quedaría evacuada definitivamente el 1.º de Febrero (1867). Llegaban á la ciudad familias mexicanas del interior del país y las de europeos que seguían á los diversos cuerpos franceses que, después de atravesar la capital, continuaban su marcha para Veracruz.

Los republicanos, avanzando siempre, sitiaron á Texcoco, separada de la capital por el lago del mismo nombre, y defendida por el coronel Miguel López con setecientos hombres, en los momentos en que se verificaba la concentración de los imperialistas en la capital, á la que entraron procedentes de Puebla los gendarmes al mando del comandante Chenet y se unieron al batallón Hammerstein y al regimiento de húsares rojos. Con estas fuerzas enviadas á Texcoco, se logró que se levantara el sitio y se salvara la guarnición (1).

(1) En Febrero de 1867 se reunió en México un grupo de franceses, antiguos soldados que por la circular de Bazaine que los consideraba desertores, ó por otros motivos, se encontraban en la mayor miseria, sin que su Legación pudiera socorrerlos. Entonces el jefe de escuadrón M. Chenet, tuvo la idea de hacer con ellos un cuerpo especial en servicio del Imperio, y el 23 del mismo mes pidió autorización para organizar aquella fuerza, compuesta solamente de franceses con los grados que habían tenido en el ejército.

En este nuevo cuerpo estaban los que habían cumplido su tiempo de servicio y que sin poder ocuparse en negocios no hallaban otro medio de subsistencia; los que no habían tenido tiempo para reunirse á la columna expedicionaria que se encontraba en Veracruz; los que enganchados en el ejército imperialista mexicano se encontraban disgregados, y todos los desertores franceses que no



Coronel Paulino G. Lamadrid.

Resuelto y activo partidario del Imperio, asistió á porción de importantes hechos de guerra, entre los cuales se distinguió el verificado en Zitácutaro, en Julio de 1864, sacando la peor parte los republicanos. En las agonías del Imperio, después que por el voto de los Consejos regresaba Maximiliano de Orizaba á la Capital, con designio de convocar un Congreso Nacional que pusiera fin á las arduas dificultades con que tropezaba, fué enviado el Coronel G. Lamadrid á Cuernavaca para auxiliar á la guarnición hostilizada allí por los republicanos. Venciendo grandes obstáculos en la penosísima marcha que ejecutó, pudo llegar á esa ciudad. Allí, impulsado por su temerario arrojo y acompañado de pocos, franquea las trincheras y cae en una emboscada; cien fusiles dispararon sobre el pequeño grupo de imperialistas; Lamadrid ve caer á su derredor á varios de los que le seguitan, y á su vez recibe en la frente una bala que le originó la muerte.

Aun permanecía Maximiliano en la Hacienda de la Teja el 26 de Enero, é hizo publicar una carta y una proclama, dirigida la primera al ministro de Fomento, prescribiendo la concesión de terrenos á los franceses que se encontrasen en la imposibilidad de abandonar á México, con cuya concesión esperaba contrabalancear los esfuerzos del Mariscal para repatriarlos. La proclama iba dirigida á la Nación Mexicana, recomendando los sentimientos de fraternidad para con los numerosos franceses que se habían alistado en el ejército imperial. A la verdad, apenas llegaba á ochocientos el número de los que habían quedado al servicio del Imperio; si se exageraba la cantidad de ellos, era con designio de alentar á los soldados indígenas y para atacar al Mariscal y á la Embajada francesa, con quienes hacia tiempo cambiaban Maximiliano y su gobierno estocada por estocada, exasperándose de una y otra parte el amor propio, la vanidad y el orgullo. (1) En aquellos momentos habían llegado las pasiones en

queriendo servir á los juaristas, tampoco querían ser bandoleros. Ese cuerpo, que llegó á contar cerca de seiscientos hombres, en infantería, caballería y artillería, tomó el nombre de contraguerrilla Chenet, abandonando el de contraguerrilla francesa á instancias oficiales del ministro de Francia.

Al principio debió ser solamente un cuerpo de caballería; pero desde el 24 de Febrero, en que el prefecto político de México, general O'Horan permitió el enganche, salvando la ratificación del Ministro de la Guerra y este la del Emperador, substituyó dicho cuerpo á la compañía de gendarmes mandada por Chenet. El 20 de Marzo, veinticinco hombres de esa fuerza fueron en auxilio de Tacubaya, atacada por un grupo de republicanos pertenecientes á la brigada de Riva Palacio.

(1) Maximiliano mostró sus simpatías hácia los franceses perjudicados con la conducta de Napoleón, según lo comprueban los siguientes documentos:

Palacio de México, Enero 26 de 1867.

Mi querido Ministro de Fomento:

Los trastornos políticos que ha sufrido y actualmente está sufriendo México, han traído por consecuencia la completa ruina de innumerables familias extranjeras, especialmente de nacionalidad francesa, quienes se encuentran en el caso de no poder aprovecharse de la invitación que la Legación francesa les ha hecho de volver á su país natal con el Cuerpo expedicionario.

Yo deseo aliviar en lo que cabe la suerte de éstos, proporcionándoles los medios de formar un hogar doméstico entre nosotros, facilitándoles terrenos que puedan colonizar.

Recomiendo, pues, á V. me proponga los medios convenientes para llenar este objeto.

Recibid las seguridades de la benevolencia de vuestro afectísimo

Maximiliano.

Con intención de evitar las rivalidades entre individuos de diferentes nacionalidades, hizo publicar la siguiente disposición.

Orden del día del Emperador al Ejército.

Palacio de México, Enero 26 de 1867. Generales, Jefes, Oficiales y Sub-oficiales de Nuestro Ejército Nacional.

Entre vosotros existe un buen número de dignos militares que no vieron en México la primera luz, pero que son mexicanos por adopción y por sentimientos. Deseamos ardientemente que la más perfecta fraternidad reine entre naturales y adoptivos; que unidos compartan las fatigas de la campaña, el peligro de los combates y las dulzuras de la paz. Os conjuramos á todos para que así lo hagais, pues Nos sería sensible castigar faltas de armonía, no solo en hechos, sino en palabras que pudieran herir la susceptibilidad de los que hoy son nuestros hermanos; á éstos hago el mismo encargo, y no dudo que quedaremos del todo complacidos, tanto por unos como por otros.

El ejército francés regresa á su patria; pero una parte considerable de los hijos de la noble Francia queda entre nosotros, ya ocupando puestos en el ejército nacional después de haber servido en el patrio, ya dedicados al comercio, á la industria ó á las artes. Es en nosotros un deber cuidar

unos y otros á su límite, no se oía hablar más que de violación del tratado de Miramar, de la carencia del apoyo que el Mariscal debió dar al gobierno imperial y de las odiosas intrigas para lograr que el Emperador abdicara.

Conducta tan irregular hería de tal manera los sentimientos de Maximiliano, que al hablar de aquellos asuntos contraía la cólera sus facciones, y en una conferencia tenida el 1^o de Febrero emitió estos conceptos: "He vuelto de Orizaba principalmente porque conocí el tráfico que se quería hacer en nombre y con motivo de mi abdicación! Tal vez se refería á los trabajos emprendidos para una inteligencia con González Ortega, á fin de lograr el reconocimiento de la deuda contraída con Francia, y la salvación de los intereses personales financieros de la colonia francesa en México.

El 5 de Febrero, (1867) al abandonar los franceses la capital del Imperio, toda la población estaba en las calles gozando de una mañana esplendorosa; la inmensa mayoría de mexicanos anhelaba ver la salida del último soldado francés, porque la Intervención se había hecho odiar de todos los partidos por la arrogancia, la vanidad y la avaricia que manifestaron desde el Mariscal y sus oficiales hasta los soldados rasos; despreciaban á los mexicanos, insultaban en las poblaciones á los transeuntes tomándose siempre las aceras y empujando á los que no las cedían con presteza, molestaban al vecindario con la carga de alojamiento y otras exigencias impertinentes, á la manera que siempre lo han hecho los ejércitos que se creen conquistadores.

En su marcha, iniciada á las nueve de la mañana, recorrieron las tropas francesas de retaguardia, mandadas por el Mariscal Bazaine seguido de su Estado Mayor, las calles de San Francisco y Plateros, pasaron por la plaza de Armas y fueron á desembocar por la garita de San Antonio Abad; ninguna manifestación amistosa ó de respeto se vió; marchaban en medio del silencio, los balcones de Palacio permanecieron cerrados y Maximiliano se abstuvo de presentarse en ellos cuando pasaron las tropas que en días de entusiasmo habían sido sus aliadas.

Un día después quedaba completamente evacuada la capital, habiendo empleado el tiempo en inutilizar cierta cantidad de municiones, cerca de cincuenta piezas de artillería entre ellas seis rayadas y en enterrar cuatro mil granadas que después extrajeron los imperialistas. En las calles de México fueron aparecien-

con escrupuloso esmero de que los primeros no encuentren motivos de disgusto entre sus compañeros de armas, á cambio de la abnegación con que prefieren quedarse en México á volver á su país; respecto á los demás, debemos procurar lo mismo, á fin de que sus personas é intereses no tengan que sufrir. Al cumplimiento de estos propósitos os conjuramos con particularidad.

Maximiliano.

Muchos de los franceses aquí residentes se apresuraron á aprovechar la oferta que les hizo la Legación, presidida por el Ministro Danó por medio de los periódicos de la capital, en nombre del gobierno francés, concordante con el siguiente aviso: "todos los franceses residentes en México y que deseen regresar á Francia, tienen solamente que dirigir su solicitud al gabinete del ministro... Los gastos de repatriación quedan á expensas del Estado."

do multitud de desertores franceses, en su mayor parte pertenecientes á la legión extranjera.

Gran número de franceses acudieron al ministro Danó para salir del país bajo su protección. La columna que mandaba el Mariscal se incorporó en Puebla al convoy civil y le sirvió de escolta. Tristes recuerdos y serias consideraciones asaltaron el ánimo de Bazaine, al dirigir sus últimas miradas á la llanura de San Lorenzo en la que había alcanzado el año de 1863 la importante victoria que hizo poseedor de Puebla, diez días después, al ejército expedicionario. Los soldados franceses dieron á esa ciudad el último adiós, lamentando que tan presto hubiese variado su situación, entonces muy distinta de aquella en la que habían sido recibidos por los partidarios del Imperio, con flores y coronas al terminar el sitio que sostuvo con firmeza el general González Ortega. En su marcha para Orizaba, después de salvar las Cumbres sin tropezar con dificultades, pues se abstuvieron el coronel Félix Díaz y el general Figueroa de llevar á efecto el proyecto de saludar con descargas al Mariscal, retirábanse los republicanos á las alturas para contemplar el desfile de sus enemigos.

El 18 de Febrero hacía el Mariscal su entrada solemne á Orizaba, al frente de una fuerza compuesta de su guardia de honor, que era de turcos y de varios escuadrones de cazadores y húsares, protegidos por tropas de infantería y artillería escalonadas para asegurar la marcha del general en jefe. En esa ciudad se reunió Bazaine con la Mariscala que descansaba de las fatigas y molestias del viaje. Una salva de veintiun cañonazos saludó al representante militar de la Francia; la guarnición, de gran uniforme, se mantuvo sobre las armas y salió la oficialidad á recibir al general en jefe hasta la garita llamada de México, no obstante una lluvia pertinaz que desconcertó las fiestas preparadas. A la una de la tarde de ese día, el general Douay, seguido de sus ayudantes atravesaba la ciudad, en medio de fuertes aguaceros, y se dirigió al campo de Escamela, donde tomando una de sus brigadas siguió la marcha para Paso del Macho.

Bazaine dejó la ciudad é hizo transportar sus equipajes á una preciosa casa de campo, al otro lado del río que atraviesa el llano de Escamela, donde acampaba el grueso de las tropas. Aquel campamento fué durante algunos días sitio de recreo para los orizabenses, que en las tardes iban á gozar con las músicas que alegraban la llanura otras veces tan silenciosa.

Habían recibido orden los proveedores de acopiar víveres para quince mil hombres durante una quincena; pero antes de que transcurriese una semana, después de la llegada del Mariscal, no había quedado en Orizaba ningún militar francés. El 26 de Febrero caminaba el Mariscal para Córdoba, acompañado de los generales Castagny, De Maussion y D'Osmond, escoltados por la última brigada del cuerpo expedicionario. Necesariamente quedaron abandonados los almacenes de víveres con miles de cargas de maíz, cebada, paja y otros efectos por valor de muchos miles de pesos, perdidos por el contratista que después fué